

la monarquía, lejos de ser una idea realizable y de pacificación y de orden, es una idea absurda, ridícula, de guerra y de discordias infinitas. Un monarca mexicano sería ridículo, y un monarca extranjero sería, por forzosa necesidad, tirano, pues su Gobierno tendría que sostenerse con doscientos mil hombres, y aunque del día á la noche se recargaran de contribuciones á los habitantes, no bastarían para mantener la fuerza armada.

“¿Qué felicidad podía esperar este monarca, ni qué ventura podría proporcionar á esta tierra un Gobierno que estaría únicamente apoyado en las bayonetas extranjeras, y mal ayudado por unos cuantos hombres que tienen hasta el indispensable mérito de no haber podido, ni siquiera por medio año, formar la administración y el Gobierno de su propio país.”

Discurriendo un escritor notable sobre los extravagantes oropeles en que funda la llamada aristocracia mexicana sus títulos para ostentar tanta arrogancia y tan ridícula grandeza, se expresaba así el año de 1862 en un acreditado periódico de Guadalajara: “Examínense, decía, los humildes y oscuros principios de los altos dignatarios de nuestro clero, de los *ricos homes*, de lo que ha dado en la locura de llamarse entre nosotros *clase elevada*, y dígase con verdad, si en el orden de cosas que con tanto encarecimiento defienden, si en ese sistema por el cual suspiran y al cual nos volverían si pudieran, tendrían la posición que tienen, gastarían los humos que gastan, y podrían aparentar la importancia que se les ha antojado darse. Ninguno de ellos, estamos persuadidos, habría salido en el antiguo régimen del círculo de *gentuza*, como dicen los aristócratas de todos los pueblos; ninguno de ellos habría aspirado á más soberbios pensamientos que los de empuñar el azadón ó cubrirse con la librea del lacayo. Esta es, sin embargo, la gente que entre nosotros se llama conservadora; estos son los descendientes de *raza pura*, las notabilidades, según el Marqués de la Habana; este es el partido que, conforme á las aspiraciones de su señoría, debe ser atendido, protegido y mimado por España.

“Hay en efecto, continuaba, dos partidos en México: uno que se llama conservador, y otro que tiene y se honra con tener el nombre de democrático; pero la diferencia que existe entre ambos no es una cuestión de *antropología*, sino una cuestión de inteligencia, de ilustración, de corazón, de edad. En el primero, que por una malísima antinomia, ha sido llamado por los invasores *parte sana*, se encuentra el bello sexo, que ha dejado de ser *bello*; los satélites de sacristía, que engendran y vegetan tranquilos á la sombra de la estupidez de sus hermanos; los pocos representantes que quedan de la sociedad colonial, simbolizada por la Inquisición y por las *paternales* miras del Gobierno de Fernando VII; los hombres ignorantes, en fin, que habiendo hecho alguna fortuna, no siempre por los medios más honestos, han espesado más la crasa corteza de su embrutecimiento con su repentina elevación, soñando tal vez en su imbecilidad, que unos cuantos talegos de dinero los hacen de una naturaleza superior, barnizando sus modales groseros y su bárbara ignorancia. Hé aquí el partido conservador en sus matices más generales.

“En cuanto al partido democrático, en México, como en todas partes, se compone de la parte inteligente, ilustrada, joven y que forma verdaderamente la gloria y las esperanzas de la patria. En este partido es donde se halla abnegación, el desprendimiento, el porvenir y la vida que falta á la bandería opuesta, infame y ridícula, que tiene la traición como alta política, y el asesinato como medida precautoria. ¿En cuál de estos partidos se encuentran los verdaderos intereses de España? ¿Cuál de ellos le ofrece legítimas y sólidas garantías para lo porvenir.....?”

El notable historiador é insigne literato, señor Vigil, decía lo siguiente con relación al asunto que estamos tratando.¹

“En México no ha existido ni es posible que exista elemento propiamente aristocrático: nada estaba más lejos de su espíritu que los pocos titulados de la época colonial, destituídos de toda

¹ “México á través de los siglos,” tomo 5º, pág. 639.

influencia en un país que comenzaba por carecer de significación política: pero aun ese pequeño germen nobiliario había desaparecido enteramente al impulso nivelador de la revolución que consumó la Independencia y la Reforma.

“Lo que malamente, suele llamarse aristocracia en el país, no es más que la clase acomodada, cuyas fortunas no siempre reconocen por origen el trabajo y la inteligencia, y cuyos antecedentes humildes no ofrecen materia para construir un árbol genealógico de profundas raíces. Alguien se ha burlado y con razón, de la Corte improvisada de Iturbide, en que comenzando por el Jefe del Gobierno, nadie sabía representar dignamente el papel que se había impuesto. Con Maximiliano era otra cosa: él sí conocía perfectamente el aparato monárquico, y debía sentir todo lo que había de pesado y embarazoso en las personas que se le acercaban; esto influyó tal vez en que fijara tanto su atención en las cuestiones de etiqueta, descuidando cosas de mayor bulto, pues creyó que era necesario comenzar por crear la corte, destinada á dar lustre y esplendor al Imperio.”

Lo escrito anteriormente y las citas que le siguen, dan una idea del estado que guardaba el país á la llegada de Maximiliano: las circunstancias para el establecimiento del Imperio, nada tenían de propicias, y hacían presagiar el próximo y triste fin del descabellado proyecto de Napoleón; ponemos, por lo tanto, término á este capítulo, insertando como digna conclusión los siguientes conceptos, vertidos por el ilustre publicista Zarco en una solemnidad patriótica el año de 1862, por la memoria de los mártires de la Independencia y la Libertad.

“El partido que ha de defender la independencia, decía el insigne liberal y eminente patricio, que ha de mantener la honra nacional, es el mismo que ha conquistado la libertad y la reforma; es el partido progresista que se ha engrandecido con su constancia, con su fe, con su firmeza y con su martirio. Es el partido de acción y de energía; es la gloriosa progenie de los primeros insurgentes; es el que conserva vivo, inextinguible, el fuego sagrado de 1810;

el que levanta osado la bandera de Hidalgo; el que escribe en ese lábaro magnífico el gran principio reformista: *Nova sint omnia recedat vetera*; el que en esta crisis tremenda adoptara como programa, *Audacia, audacia y siempre audacia*; el que se atreverá á decretar la victoria, porque este partido es la nación, es el pueblo que detesta á la traición; no necesita de ayos ni de maestros, ni de tutores, y bien puede mirar con desdén á esa imperceptible minoría de sabios de *oficio*, que sólo le han servido de obstáculo en su marcha.

“Dios salvará la República: esta conciencia profunda fundada en la justicia de una buena causa, es bastante poderosa y enérgica para sostener al pueblo en la lucha tremenda á que ha sido provocado: él sabrá hacerse digno de sus gloriosos antecedentes y sellará con su sangre la obra eterna de su emancipación.....”

